

Muestra
promocional

**Prohibida
su venta**

© Santillana



www.loqueleo.com/ec

© 2008, 2025, Leonardo Valencia

© De esta edición:

2025, Santillana S. A.

Vía a Nayón y De Los Granados

Centro Corporativo Ekopark. Torre 5, piso 5

Teléfono: 3350 356

Quito, Ecuador

Parque Empresarial Colón

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-31-921-0

Impreso en Colombia por Imprenta Nomos

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Enero 2025

Dirección editorial: María Soledad Jarrín

Edición: Andrea Carrillo Andrade

Ilustración: Peter Mussfeldt

Corrección de estilo: Oswaldo Reyes

Diagramación: Jenny Jácome

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Kazbek

Leonardo Valencia

Ilustraciones de Peter Mussfeldt



loqueleo

Muestra
promocional

**Prohibida
su venta**

© Santillana

a Nella
a Peter Mussfeldt
moventur spiritu

Muestra
promocional

Prohibida
su venta

—Hay que estar muy atentos —dice Luder—,
hay que estar día y noche atentísimos para
descubrir la ventana por la cual podemos
despegar intrépidamente hacia lo desconocido.

Julio Ramón Ribeyro, *Dichos de Luder*



El señor Peer entregó a Kazbek una carpeta de cuero de camello con dieciséis dibujos de insectos. Le dijo que cada dibujo debía ir acompañado de un texto, hasta completar un Libro de Pequeño Formato. Podía escribir lo que quisiera. Incluso transformar el texto en algo más que un comentario añadido a sus dibujos.

11

Kazbek revisó cada uno de los dibujos y se empezó a preguntar qué es, exactamente, un Libro de Pequeño Formato. Al día siguiente viajó de regreso a Barcelona, colocó la carpeta sobre un anaquel y olvidó los dibujos que el señor Peer le había entregado en Guayaquil.

Los insectos se dibujaron con tinta negra sobre papel blanco, en diciembre de mil novecientos noventa y nueve. El señor Peer utilizó un bolígrafo Uniball II micro, marca Mitsubishi. Lo inspiró el miedo de los habitantes de Quito por las erupciones del volcán Pichincha. El señor Peer los llama *bichos*. Según él, vivían en la oscuridad del volcán y salieron debido a las erupciones, nunca supo si antes o después de las erupciones, o bien antes y después de las erupciones.

Empezó a dibujarlos pensando en obsequiarlos como tarjetas de Navidad para un reducido grupo de amigos. A medida que los realizaba se convirtieron en dibujos que no se debían entregar, aunque nunca supo exactamente por qué. El señor Peer terminó los dibujos, exorcizó el miedo ante la erupción, los guardó en una carpeta de color manila y se dijo que uno nunca sabe para quién trabaja.

12 ¿Era Kazbek el destinatario de aquel obsequio frustrado? ¿Solo han pasado a sus manos para continuar un proceso de metamorfosis? ¿Qué es lo que realmente le devolverá al señor Peer cuando haya escrito esos textos, si los escribe alguna vez?

Lo que en realidad Kazbek tenía entre manos era empezar la novela en la que había pensado los últimos años.

El señor Peer sostiene que no se le debe exigir nada al artista, salvo que sea coherente consigo mismo. Por eso hay que recibir la obra de un artista como un regalo destinado a sabotear el hambre del lector. Cuando este quiere algo en concreto y el artista piensa en lo que el lector espera, y crea para satisfacerlo, el arte ha muerto, sostiene el señor Peer. Sería como regalarle un espejo, añade, verá su propio rostro al precio de cubrirle el horizonte.

Nueve meses después, a pesar de reiterados intentos de escritura durante el día y la noche —sobre todo durante la noche—, las páginas de su Gran Novela no convencen a Kazbek.

Su personaje principal, Dacal, se le escapa. Se da cuenta de que su proyecto ha fracasado. Mientras ordena sus papeles, encuentra la carpeta con los dibujos del señor Peer. La abre, los mira, y piensa que no le gusta la palabra *bichos*. Él lo que ve son escarabajos. Luego se pregunta qué necesidad pueden tener de sus palabras esos dibujos. Incluso se hace una pregunta extrema: ¿qué necesidad pueden tener los demás de sus palabras? Ha tocado fondo. De seguir pensando así, puede ser su final. Sin embargo, Kazbek duda de la expresión *tocar fondo* porque se trata de una metáfora. Sabe que con el lenguaje ese fondo último no es más que silencio y que el silencio, tarde o temprano, termina por rasgarse, solo que ahora no da con las palabras. Decide que lo mejor es salir a tomar un poco de aire a una cafetería frente al mar. A punto de salir, suena el teléfono. Es el tipo de llamada que siempre le parece la más urgente e imprescindible. Además, puede ser Isa que, de nuevo, no se resiste a llamarlo desde Guayaquil fuera de la hora prevista.

El señor Peer nació en Berlín. Se educó en escuelas de arte de Dresde y París. En mil novecientos sesenta y dos se trasladó a vivir a Ecuador, el país atravesado de volcanes, que era como lo definía a sus amigos alemanes evocando las palabras de Humboldt. En este país estudió su luz, su flora y su fauna. Se apropió de los elementos de la cultura local. Lo hizo de manera muy libre, precisamente porque no era su tierra de nacimiento y él no era un artista local. En realidad, huía de los monstruos que, en apariencia muertos, se solapaban en Europa. Su mirada quería descansar, así que

se llenó de la luz y los animales de su nuevo país. Creó diseños de flora y fauna llenos de color, con formas redondas y amables donde el rojo se eleva a un puro ardor y el amarillo es la esencia de un campo de girasoles. Mejoró y tergiversó para siempre esa flora y esa fauna. Muchos seguidores de sus trabajos viajaban al país atravesado de volcanes atraídos por los diseños del señor Peer. A los pocos días, se decepcionaban. La fauna —iguanas, cangrejos, pangules— y la flora —manglares, cactus, ceibos— no tenían los mismos colores puros y las curvas suaves de los diseños. Los seguidores no habían hecho el viaje correcto: fueron a una geografía y no a la imaginación del señor Peer.

El señor Peer quiere que sus bichos sigan atravesando la oscuridad para salir a la superficie de la página. Quién sabe a dónde y quién sabe a qué saldrán. Como ocurre en toda historia, mientras el lector se concentra en los pasos de un personaje, los otros no dejan de avanzar. Imaginar una correspondencia en la marcha general de los personajes es el reto que el tiempo plantea en la mente del lector. Hace del lector un viajero en busca de la luz. El tiempo lo lleva, en secreto, a un mirador simultáneo ubicado en el punto más alto de su memoria. Los personajes de ese libro también son viajeros en busca de la luz, pero es distinta. Son cargadores: llevan en sus hombros el mundo de quienes lo están leyendo. Los bichos avanzarán, subirán por la piel del lector y llegarán al centro del cerebro que hierve de conexiones luminosas y, a veces, de oscura luz.

Quien lo llamó por teléfono no fue Isa, sino aquel personaje que lo ha atormentado durante años y sobre el que no puede escribir la novela: Dacal. Kazbek no sabe cómo decirle que no y acepta reunirse en la cafetería frente al mar. No se trata de una fantasía, ni es un personaje rechazado como lo son los personajes de Unamuno o Pirandello. Dacal es un antiguo jefe que tuvo en la época en que trabajaba en publicidad. Kazbek y sus amigos, también discípulos de Dacal, han escrito una serie de relatos sobre él. Nunca los firmaron. Preferían mantener el anonimato porque eran cuentos corales, narrados en plural, donde cada uno aportaba un punto de vista. El grupo se dispersó por medio mundo y Dacal se marchó a Lima. Solo uno retomó contacto con él, porque también se fue a vivir a Lima. Por este amigo, que pidió seguir en el anonimato, Kazbek se enteró de que Dacal llegó a tener los cuentos que habían escrito sobre él. Le preguntó cómo los había tomado. Y el amigo anónimo dijo que nunca lo supo. Dacal se había marchado al sur de Lima, para instalarse en las cercanías de Nazca, en el desierto de Ica.

El señor Peer representó en París, en mil novecientos sesenta, una obra de teatro que escribió Picasso: *Le Désir attrapé par la queue*. En agradecimiento, Pablo Picasso le obsequió un ejemplar dedicado de un libro de cien aguas-fuertes: *Suite Vollard*. En la dedicatoria manuscrita, la caligrafía de Picasso ocultó una letra del nombre real del artista y lo bautizó como *Monsieur Peer*. Escrita la dedicatoria, el recién bautizado señor Peer le dijo que se había comido una letra, y Picasso respondió que se veía mejor así, con esas dos